

Joaquín Costa: de la crisis finisecular al socialismo

Por

ALBERTO GIL NOVALES

De entre todos los escritores españoles de la época de la Restauración, Costa es quizá el que con mayor pasión sintió en carne viva, en carne propia, los problemas nacionales. Que tuviese razón en las posiciones que adoptó es otra cuestión, pero a estas alturas me parece que ya nadie se atreverá a dudar de la autenticidad del tribuno aragonés.

Se suelen suponer dos etapas en la vida de Costa: la primera, desde sus producciones iniciales en las vísperas y antevísperas de la Revolución de 1868 hasta 1898, y la segunda desde el Desastre hasta su muerte. Es decir, años de preparación y años de lucha, visto por lo menos desde el prisma político. La distinción puede valer, aunque haciendo constar que no se trata de un cambio de rumbo, sino en todo caso de una intensificación de esfuerzos, y quizá de un cambio de actitud provocado por los acontecimientos externos. Unidad de la vida de Costa y de sus dos épocas principales: a mí esto me parece evidente, y me complace ver que en esta afirmación estoy en ilustre compañía, por ejemplo la del gran periodista Luis Bello, quien la afirmaba en 1919 desde las páginas influyentes de *La Lectura* ¹.

Pero no he venido hoy aquí para hablaros de la vida de Costa, que todos Vds. la conocen muy bien, sino para subrayar algunas notas de la última parte de su existencia y comprobar su repercusión *post-mortem*. Pero tampoco trataré hoy de hablar de las *intenciones* de Costa, al tomar determinadas posiciones, sino de la objetivación de su pensamiento, objetivación, insisto, independiente de los orígenes.

Conocido es el arranque oscense y revolucionario del 68 de la figura intelectual de Costa, su inmediato desencanto con *la Gloriosa*, su viaje a París —apertura al mundo— y su marcha a Madrid, con el descubrimiento a la vez de la persona de Giner de los Ríos y del krausis-

mo. Costa se hace krausista, con notables influencias concomitantes de la Escuela Histórica del Derecho y del positivismo. Y en medio de grandes privaciones, sigue siendo un voraz lector. Le preocupa su país, y escribe la *Historia crítica de la Revolución española (1808-1823)*, libro de 1875 que en su conjunto sigue todavía inédito. Y le preocupan los desfallecimientos del liberalismo y el destino de las gentes sencillas, el pueblo de su patria. Tiene un alto concepto de España y de su pasado, pero en la época contemporánea comprueba que algo anda mal, que hay unos obstáculos que vencer. Contra estos obstáculos luchará tanto en su época pública como en la anterior, recoleta y de estudio. Costa es consciente de que en España hace falta una revolución, pero aun teniendo un gran entusiasmo por la de 1820 y por la figura de Riego, y en América, por la de Bolívar, ya se ha dicho que le dolió el fracaso de la de 1868 y trató de indagar en profundidad el porqué. Probablemente por deficiencia de información, nunca tuvo buen concepto de la revolución francesa de 1789, aunque sí de la norteamericana unos años anteriores². El esquematismo o abstracción de la revolución de 1789 lo veía él transformado en el liberalismo económico que atenzaba a sus convecinos aragoneses, y a otros de toda España. Sintió el dolor de su patria, palabra nunca abstracta en él, sino encarnada en seres de carne y hueso, y denunció la injusticia fundamental del régimen social de la Restauración en su famosa información sobre *Oligarquía y caciquismo*, de 1901.

Pudo Costa haber pensado que la superación del liberalismo se hallaba en el socialismo; pero también por deficiencia de información o por la índole idealista de su formación krausista, Costa tenía frente a esta doctrina grandes reservas, y esto desde muy antiguo, que impedían su adhesión. Escribió *Colectivismo agrario en España*, 1898, libro que algunos interpretaron como avance socialista, sin serlo en absoluto. La figura de Costa aparece así llena de contradicciones: profundamente liberal, le duele que el liberalismo no sea consecuente; partidario de una revolución que arregle los problemas del país —y no le faltan los ejemplos históricos para ella—, tiene miedo de la misma; acercándose en su planteamiento de los problemas a soluciones socialistas, desconfía del socialismo; adopta posiciones jurídicas partiendo del nivel más popular, posiciones que algunos han llamado ácratas, pero nada más lejos de su pensamiento y de su personalidad que las formas de ser y de pensar de los anarquistas, españoles o no.

Hay probablemente en Costa algo del «eterno teorizante» —concepto al que me referiré más adelante—, pero en Costa desde una po-

sición cálida, humana y comunicativa, posición del que se juega todo en cada acción y en cada frase, que sorprende siempre muy favorablemente. Contradicción constante, que ante las desventuras nacionales y por influjo quizá de su propia enfermedad, le lleva al pesimismo. También se ha hablado muchas veces del pensamiento de Costa, de su negativismo incluso, que le anulan y le llevan todo lo más al grito y al insulto. La lectura de testimonios directos de este pesimismo impresionan todavía hoy. Ernesto Bark, uno de los autores que el malogrado Rafael Pérez de la Dehesa clasificó como «del Grupo Germinal»³, cuenta en su libro *Modernismo* que habiéndose acercado a Don Joaquín para pedirle su colaboración en una obra de educación y regeneración,

«no se negó, sino al contrario, nos prometió su apoyo pero... y aquí entra en acción el pesimismo sombrío que ha inutilizado para la vida pública a este hombre de valía.

Falta educación e instrucción, me dijo, pero este país es refractario a la cultura y hace falta que los extranjeros nos obliguen por la dura ley de la fuerza a civilizarnos... Aquí sobran casi todas las revistas, periódicos y colegios, porque no hay lectores ni número suficiente de discípulos que quieran estudiar. Hace falta un diario para la nación, pero no puede haberlo porque los intereses individuales o los de facción política lo absorben todo... El Ateneo vegeta pobremente y sus clases son frecuentadas por unos cuantos amigos particulares del conferenciante. Si la Acción democrática consigue despertar interés por la ciencia, que no lo creo que conseguirá, cuente con mi concurso en la extensión universitaria»⁴.

Como el libro de Bark se publica en 1901, estas declaraciones serán ligeramente anteriores, pero para que valoremos en su justo punto su alcance conviene recordar que 1901 es también el año de *Oligarquía y caciquismo*, obra que empezó como una información pública llevada a cabo precisamente en el Ateneo de Madrid.

¿Las razones del pesimismo? Mucho antes de la derrota nacional de 1898, se hallaba Costa preocupado y dolido por la extensión del pauperismo, y por la índole paradójica de nuestra sociedad. En 1871 escribía:

«Hay en España muchos miles de ciudadanos cuyo fin no es realizar el bien y ayudar a que los demás lo realicen igualmente,

sino perseguir eternamente, tras de un trabajo duro, la sombra siempre fugitiva del pan de mañana»⁵.

Costa no se preocupa sólo por las ideas, sino por la necesidad que todo ciudadano español siente, como los ciudadanos de cualquier otro país, de comer y de vestirse, de resolver el materialismo de nuestras vidas. Después de escrito aquel párrafo Costa obtuvo dos doctorados en la Universidad de Madrid, fue profesor en la Institución Libre de Enseñanza, publicó libros, se convirtió en un intelectual conocido y apreciado.

La experiencia de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, que empieza en 1891, y la lucha contra las medidas hecendísticas del Ministro *Tuf-Tuf* (Raimundo Fernández Villaverde)⁶, el afán de Costa por crear un partido y el fracaso de la Unión Nacional, ya en 1901, le dejaron un gran desconsuelo y aun desconfianza sobre la posibilidad de los partidos de enderezar la vida pública nacional. Costa, sin embargo, algo antes de estallar (en 1904) lo que podemos llamar su otra gran epopeya, la del pleito de La Solana, tomó la determinación de hacerse republicano, por considerar a la Monarquía totalmente incompatible con la salud de España. En 1902 preparaba un Manifiesto al País contra la coronación de Alfonso XIII. Las tendencias regionalistas, sobre todo catalanas, que habían aparecido a finales del siglo XIX y pugnaban por arraigar a comienzos del nuestro, tampoco le parecía que aportasen ninguna solución⁷.

Traigo esto a cuento porque creo que algo tiene que ver también con su ruptura con los republicanos. De las tendencias republicanas de entonces, Costa naturalmente se había inscrito en la que las agrupaba a todas o a casi todas, es decir la llamada Unión Republicana, cuyo jefe máximo era Nicolás Salmerón, un krausista, no lo olvidemos, muy unido a Giner. Pero Salmerón tenía inquietos a sus propios seguidores, o a muchos de ellos, por sus tremendos errores políticos. Culminó estos errores colocándose a la cabeza de Solidaridad Catalana, cosa que no debió ser del gusto de Costa⁸. Empieza una fuerte presión, o será mejor emplear el plural, se ejercen grandes presiones sobre Costa para que ponga su propia candidatura a la jefatura de la Unión Republicana, quitando así de en medio a Salmerón. Otros no se atreven a tanto, y proponen dejar a D. Nicolás como una especie de figura decorativa, flanqueada por dos juntas —que tendrán realmente el poder—, una de acción y otra educativa. En la primera se cita a Llano y Persi, Costa y Estévez, apoyados por Marengo y secundados desde Valencia y Bar-

celona por Blasco Ibáñez y Lerroux. En la junta educativa anticlerical estarían Demófilo, Nakens, Morayta, Dorado Montero, Labra, Giner de los Ríos y Ureña. Ni que decir tiene que todo esto no pasó de proyecto o de quimera, aunque muy apasionado, como suelen ser los proyectos políticos entre nosotros. A Costa nada de esto le debió gustar, ni verse él de jefe, ni formando parte de una junta con capacidad de decisión. Sea como sea, estas presiones y controversias contribuyeron a apartarle también del partido republicano, y a hacerle refugiarse una vez más en la soledad, desde donde —hay que decirlo— no perderá de vista los grandes intereses nacionales.

De toda esta aventura republicana de Costa lo que me interesa subrayar es que los republicanos más revolucionarios de aquellos años le consideraban uno de ellos, aunque se doliesen de su excesivo pesimismo. El propio Bark, citando en 1900 el *Colectivismo agrario*, lo hace con un lapsus enormemente significativo: *Socialismo agrario en España*. Bark, que se define a sí mismo como adepto del *Socialismo Positivo*, en una obra posterior de este título habla de que

«la hermosa obra *Colectivismo agrario* de Joaquín Costa, es letra muerta para los antiguos republicanos; los gérmenes del socialismo colectivista, conservados todavía en las costumbres del pueblo, les parecen antiguallas inútiles a estos individualistas ciegos»⁹,

al mismo tiempo que considera gran revolución al movimiento de la Unión Nacional, aunque haya fracasado. Claro que también en este libro se nos habla de Alejandro Lerroux como el primer socialista español que consiguió un acta de diputado; lo cual hoy nos parece casi irónico, pero nos ayuda a comprender que las fronteras entre republicanismo y socialismo a comienzos del siglo se presentaban algo difusas.

Ernesto Bark presenta unos perfiles bastante inhabituales, un tanto reñidos con nuestros esquemas mentales. Nacido en Livonia, actual Letonia, revolucionario en Riga en 1876, emigrado en Ginebra, en donde publicó *El Federalista báltico*, escritor en lengua alemana, aparece en Madrid hacia 1881 ó 1882, en donde se dedica a ser profesor de lenguas modernas, sobre cuya materia hace unos atinadísimos comentarios. Bark, con su nombre o con el pseudónimo A. de Santaclara, parece ser en Madrid el alma de *Germinal*, de la Biblioteca Radical y de la Biblioteca Hispano-Alemana, originada esta última en la *Spanisch-*

Deutsche Revue, que por iniciativa de Isidoro López Lapuya comenzó a dirigir en 1887; empresas todas ellas similares dedicadas a promover la revolución social¹⁰. Qué revolución sea ésta, la cosa queda un poco vaga. Sólo diré que Ernesto Bark, y sospecho muchos de sus congéneres, es un antimarxista furibundo, sin ser por eso ácrata, y teniendo en ocasiones palabras de gran comprensión y de elogio por Carlos Marx como teórico. El se define como colectivista positivo, es decir, partidario de colectivizar sólo los artículos de primera necesidad. Impulsó también la Unión de Padres de Familia a comienzos de siglo, para dignificar la enseñanza española en todos sus grados¹¹.

Como ya lo advirtió Pérez de la Dehesa, Costa colaboró en *Germinal*; fue durante algún tiempo un germinal más. (Su nombre aparece ya en 1899, con más asiduidad en 1903.) Confieso que no he podido ver sus artículos de *Germinal*, y sin ellos sólo suposiciones pueden hacerse; pero el dato en sí es importante. Y también que aunque no todos los costistas fueron germinalistas, todos los germinalistas sintieron una gran devoción hacia Costa. Hay algo más probablemente: Costa debió tomar de este ambiente un modelo literario. Lo digo solamente a título de hipótesis, pero cuando veo que en la Biblioteca Radical se publicó la novela de Isidro López Lapuya y José Ramón Mérida: *El Sortilegio de Karrak*, novela arqueológica, la cosa parece tener un aire con *Ultimo día del paganismo*. Insisto, sólo una hipótesis.

Sea como sea, cuando hacia 1903 Ernesto Bark publica su *Estadística Social*, título suficientemente significativo, y recoge en ella la propuesta de superar las infecundas agitaciones del partido republicano mediante la creación de Acción Democrática —para la que pidió el concurso de Costa—, se basa precisamente en él como pieza fundamental de su argumentación. Confieso que me siento incómodo al hablar de estos temas, porque mi conocimiento de ellos es muy insuficiente. Es uno de los puntos de la historia española que merece la atención de los investigadores. Baste pensar que se trata de un movimiento ligado a Pí y Margall, a Salmerón, a Lerroux, a los anarquistas y a Costa, pero que no se confunde con ninguno de ellos. Su importancia es grande, y siempre aparece Joaquín Costa, aun a su pesar, como una especie de incitador o de catalizador.

* * *

Costa murió, como es sabido, el 8 de febrero de 1911. Hubo inmediatamente muchas notas de condolencia, artículos y cartas, que tra-

zaron un primer balance rápido. El 25 de marzo de 1911 desde las páginas de *El Imparcial*, José Ortega y Gasset calificaba a Costa de romántico historicista, y lo devaluaba casi por completo porque su obra no sería más que un calco extranjero ¹². Es simpático saber que Francisco Giner de los Ríos rebatió estas ideas de Ortega en una carta que le escribió el 3 de mayo del propio año, y que ha sido publicada muchos años después en *Revista de Occidente* (febrero de 1965) ¹³. No creo que sea ahora la ocasión de resumir todas las necrologías sobre Costa, las de Altamira, Azorín, Unamuno o Gumersindo de Azcárate. Sólo me interesa destacar la repercusión de Costa en los periódicos republicanos españoles publicados en Portugal —otra fuente hasta ahora no utilizada—, por ejemplo en *La España Moderna*, que no es en este caso la revista madrileña, sino un periódico de Lisboa ¹⁴; y la opinión del sutil pensador, también del grupo Germinal, Santiago Valentí Camp, en su libro *Vicisitudes y anhelos del pueblo español*, publicado en Barcelona, con prólogo de D. Pedro Dorado Montero, precisamente en 1911. En él se dice que los «escritores más insignes», Joaquín Costa, Macías Picavea, Alfredo Calderón, José Nakens, Roberto Castrovido, Maeztu, etc., «no acertaron a transmitirle (al pueblo) la ansiedad que les embargaba ni a lanzarle resueltamente hacia una dirección que ellos creían salvadora», etc. Es interesante observar que en el mismo libro consta que de los memorables manifiestos de Costa se desprende un corolario: Nada de alianzas con los pseudoliberales, lo cual es, una vez más, una alusión a la Solidaridad Catalana ¹⁵.

Pero la muerte de Costa, con la famosa historia del entierro, dejó un regusto amargo, que puede verse por ejemplo en la magistral biografía de Cheyne. Llovieron los epítetos sobre el gran desaparecido, tanto que hubo quien protestó. No resisto la tentación de citar un fragmento de la crónica escrita por Ricardo Mella en *Acción libertaria*, de Gijón, 10 de marzo de 1911:

«Ayer mismo estaba Costa olvidado en el rincón de Graus. De pronto, periodistas, literatos, médicos, políticos, se alzan en clamoroso griterío por la salud, gravemente quebrantada, del patriota pesimista. No hay distinciones. Republicanos y monárquicos se disputan el récord del elogio, de la magnanimidad, de la abnegación. Todo ofrecimiento, por grande que sea, se estima en poco. Toda alabanza, aplauso o encumbramiento, antójjase insignificante. En el colmo ditirámico hay quien le ha llamado monstruo. Estaba agotado el diccionario de las excelsitudes.

Este lamentable, repugnante espectáculo, lo han dado precisamente aquellos que, llamándose intelectuales, no tienen la menor idea de la probidad intelectual. Costa los azotó cruelmente en vida; y ellos, perrillos falderos, hacen lo que pueden y lo que saben lamiéndole las manos en la muerte»¹⁶.

Fuerte es la pintura, y no sé si algo injusta. Vayamos a otras consideraciones. Muy poco después de la muerte de Costa comenzó la primera guerra mundial, con la división de los españoles en los famosos bandos de germanófilos y aliadófilos. Pero existía en España un partido socialista de orientación programáticamente marxista, el fundado y dirigido por Pablo Iglesias. Aunque este partido tenía lógicamente una orientación antibelicista, insensiblemente se va notando en él una tendencia aliadófila, progresista sin duda, pero que hace tabla rasa de la concepción de la guerra como fruto de las contradicciones capitalistas, para verla en cambio como producto de la ambición y del militarismo germano. Esta tendencia va a ir acompañada muy pronto de un nuevo reconocimiento de la Segunda Internacional, o de los intentos de darle nueva vida, a pesar del fracaso estrepitoso de la misma en el tema capital de la evitación de la guerra, en 1914. Esta tendencia desasosiega a unos pocos partidarios, que se van desmarcando buscando nuevas posiciones. Ahora bien: el profesor Carlos Forcadell, de la Universidad de Zaragoza, en el estudio que dedicó a estas cuestiones, el libro *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, 1978, señala cómo uno de estos disidentes, el entonces muy joven y luego famoso Andreu Nin, «parte de planteamientos costistas para condenar la guerra o la posible intervención de España»¹⁷, a través de una serie de artículos publicados en *La Justicia social*, de Reus, a partir de septiembre y octubre de 1914. Uno de estos artículos se titula precisamente «La voz de Costa», 10 de octubre de 1914.

Se cumple también aquí la tendencia de los revolucionarios a considerar a Costa uno de sus mentores. Pero hay más, la guerra del 14 engendró la revolución rusa de 1917. Tres años después, en la Biblioteca Germinal nuestro viejo conocido Ernesto Bark publicó su folleto *El bolcheviquismo en España*¹⁸, entusiasta de la revolución de octubre y de Lenin y Trotski, a los que ve como la culminación de la larga historia revolucionaria rusa, la de los Bakunin y Chernichevsky, Dostoievsky y Sheliabof, Vera Sassulich y Plejanov, Kibalchich «y mil otros héroes del pensar y del obrar», nómima en la que mezcla anar-

quistas, populistas y marxistas, todos confundidos en la llamarada del 17. Tampoco en este momento se olvida Bark de Costa. Según él, en materia agraria Lenin no ha hecho más que aplicar el programa de Joaquín Costa y Santiago Alba «la tierra a quien labra» (*sic*). Y luego, la frase inesperada: «Joaquín Costa y Alba hubieran sido en Rusia terribles bolcheviques», frase en cuyo contexto hay cierta imprecisión temporal: no se sabe bien si hubieran sido bolcheviques las figuras de Costa y Alba en la Rusia de 1917, o se lleva el fenómeno ruso a la España de la Unión Nacional. Uno no sabe qué pensar ante esta afirmación: de los dos presuntos bolcheviques, el único que estaba vivo era Alba, y desde luego no era ni fue después bolchevique: Bark lo sabe, y añade la frase «aunque hoy se asuste de tales radicalismos». Sólo puedo comprobar una vez más la imantación revolucionaria que se produce o se producía en torno al nombre de Costa.

En 1922 publica Santiago Valentí Camp en Barcelona un libro denso, verdaderamente único en su género: *Ideólogos, teorizantes y videntes*¹⁹. En él hay una atinadísima semblanza de Costa, sin demasías, una de las mejores que de nuestro autor conozco. Diccionario de ideas y de hombres ochocentistas se dice en el prólogo —de Juan Barco— que es este libro, compuesto por algo más de medio centenar de estudios críticos, tanto de autores extranjeros como nacionales. A la semblanza dedicada en este libro a nuestro coterráneo pertenecen los siguientes párrafos:

«Joaquín Costa es un ejemplo de autodidactismo; pero aunque reveló una extraordinaria energía mental, abarcando todas las disciplinas jurídicas y sociales, no puede ser considerado como un tipo representativo de la psicología española, pues si bien en algunos respectos encarna todas las cualidades y defectos de nuestra raza, en su formación intelectual las influencias de la cultura francesa e inglesa modificaron por modo considerable lo autóctono que había en su personalidad. En su producción hay una enorme cantidad de erudición y de cultura, análisis profundos, crítica acerada y un vigor psíquico y una audacia de pensamiento no superados por ningún otro escritor.

Evidentemente, Joaquín Costa ha sido el publicista que logró infundir a sus libros, y especialmente a sus artículos y discursos, una mayor plasticidad, acaso porque nadie tuvo la sinceridad y el altruismo del genial polígrafo aragonés, quien, para expresar sus estados anímicos, dejaba de lado todo retoricismo, él que era uno

de los más insignes literatos que ha producido España y que poseía uno de los verbos más elocuentes que han ennoblecido la lengua de Cervantes en nuestro tiempo».

Y después de decir que Costa demuestra que los altoaragoneses no somos tan bozales como generalmente se piensa, y de ponderar la «complejidad espiritual extraordinaria» de nuestro gran polígrafo, añade:

«Lo prodigioso en Costa es que pudiera sustraerse a su origen, a su educación prístina, y al ambiente psicológico y moral en que se desarrolló, reobrando enérgicamente contra todas las influencias ancestrales, y fuese el prototipo de la rebeldía a ultranza y llegase a condensar todas las aspiraciones revolucionarias que latían y latirán en lo íntimo de la subconsciencia del pueblo español eternamente oprimido y vejado».

Otra vez el Costa rebelde, revolucionario por antonomasia. Es notable esta imagen, que no es desde luego la que ha prevalecido.

En su semblanza traza Valentí Camp una muy completa biografía de Joaquín Costa. Una nota interesante:

«Cuantos le conocimos a fondo», dice Valentí Camp (...), «hemos de achacar el pesimismo que ya entonces se advertía en Costa, por cuanto concierne a la máquina del Estado, al hecho de haber sido víctima de las intrigas y las asechanzas de los burócratas de Academias y Universidades».

Una explicación también del apartamiento de Costa de la Unión Republicana. Al no escuchársele

«sintióse de nuevo dominado por el pesimismo y por el tedio y no quiso compartir la responsabilidad de una política archiconvencional en que la vana palabrería lo era todo y dificultaba la acción eficaz y valiente. De ahí que en 28 de septiembre de 1903, fatigado, desilusionado y persuadido de que el partido republicano había, por omisión, contribuido a afianzar el Régimen; lanzase, airado, un anatema vigorosísimo contra cuantos elementos y personalidades políticas contribuían al imperio de la farsa, empobreciendo cada instante más la nación, y se alejase en absoluto de la política militante...»²⁰.

Costa, como patriota, es nuestro Kossuth, nuestro Parnell, nuestro Mazzini. No puede pedirse mejor invocación.

Y aunque ya Costa, el nombre, la fama de Costa se hubiese convertido en un bien público, susceptible de ser parcialmente aprovechado por la Monarquía —la política de riegos, por ejemplo— y aun por el Dictador Primo de Rivera, que llegó a hacerse la ilusión de ser él el cirujano de hierro, que Costa había previsto en *Oligarquía y caciquismo*. Cuando la Dictadura cae, Manuel Azaña que pronto va a ser el alma de la Segunda República publica en 1930 *Plumas y palabras*, libro en el que hay algunas consideraciones sobre Costa²¹. Ya la escena ha cambiado: este republicano no siente la admiración revolucionaria de sus correligionarios hacia Costa, si se pueden considerar correligionarios a los germinalistas y a Azaña y los suyos. El sortilegio se ha roto. Aunque evidentemente tiene razón Pérez de la Dehesa cuando dice que el Grupo Germinal es una clave para el 98, y aun habría que decir que sus agitaciones públicas, lo mismo que las de Costa, prepararon el advenimiento de la Segunda República; a pesar de todo ello, la atmósfera intelectual de España hacia 1930 había cambiado mucho. Azaña concretamente ya no es un hombre del siglo XIX, sino plenamente del siglo XX, de nuestro siglo. Azaña reconoce que de las campañas de Costa derivó evidentemente un levantamiento de la ciudadanía, pero Costa le parece demasiado estentóreo, excesivo en todo; lo ve producto de las vacilaciones de D. Joaquín, que ciertamente las tenía, pero otra era la explicación; y sobre todo de «su pesimismo radical y su recelo de la democracia». No creo que aquí acierta Azaña, lo digo con todo el respeto que su figura me merece: el pesimismo radical no es dato metafísico, sino un producto de la vida de Costa, y su recelo de la democracia yo no sé dónde fue a encontrarla Azaña, a no ser que por democracia se tomasen las formas parlamentarias de entonces, con las que Costa con razón no simpatizaba; pero Costa, conviene insistir, no por eso suprime el Parlamento. La historia se encargaría dramáticamente, trágicamente, de demostrar que en este debate ideal entre Costa y Azaña, en los puntos en que entraban en contradicción, era aquél y no éste quien tenía razón. Y con la misma injusticia con que él trata a Costa, se podría haber acusado a Azaña, en plena guerra y aun después, de pesimismo radical y recelo de la democracia.

En 1930 también en *El ocaso de un régimen* incluye Luis Araquistáin un capítulo titulado «¿Qué diría Joaquín Costa?». Lo primero que encontramos es una nota de abandono:

«Está por hacerse la crítica de Costa. En otro país sería ya cuantiosa la literatura de difusión y examen de la obra de este gran escritor político; en España no hay aún una edición completa»²².

Recuerden que tampoco la hay ahora, en 1985. Araquistáin se basa para sus comentarios en el *Ideario* publicado por D. José García Mercahal en 1918, con varias ediciones posteriores. Para el pensador socialista Costa es un puente entre el 98 y la España de su tiempo, una enorme pasión pública, nuestro Mazzini y nuestro Fichte, y aunque advierte en él exuberancias de lenguaje, contradicciones y pesimismo, y aun injusticia en algunos juicios, la política de Costa se resume en una frase: «reforma de la voluntad; es decir, del carácter», que sería su legado al pueblo español. Intensa pasión española, y en definitiva, concluye Araquistáin, un hombre superior a su tiempo en España, pero hoy, ya «no parece de nuestro tiempo». De manera que estuvo bien y aun muy bien lo que hizo por mejorar la técnica, la enseñanza, la economía, el general bienestar económico de España, pero ya en 1930 se ha quedado atrás, excepto en lo de querer la República. Para un conservador inteligente como Araquistáin, aun apreciando a Costa, su figura aun antes de proclamarse la República empieza a ser incómoda.

Pero llegó el 14 de abril de 1931, la fiesta de la libertad recuperada, de la República feliz ya para siempre. Y cuando el 14 de julio del mismo año celebraron su primera sesión las Cortes Constituyentes, ante ellas pronunció Niceto Alcalá Zamora, en su calidad de Presidente del poder provisional, un bello discurso, lleno de esperanzas, y de confianza en el futuro, un discurso en el que el orador fue muy consciente del momento histórico a que estaba dando vida. Alcalá Zamora supo en aquella ocasión que en él hablase el Presidente, no el político. No se olvidó de Costa. Después de establecer en profundidad que la República había venido traída por los constitucionalistas de 1812, por Riego y Torrijos, por las Cortes de 1855, y por las de 1869 y 1873, les dice a los diputados, con recuerdo acertado: «Vais a ser escultores de pueblos, ¡obra inmensa!, escultores de pueblos como Costa los definía», lo cual es poner la Constitución y la República toda a la sombra egregia del viejo luchador aragonés. No cabe mayor homenaje²³.

Después todos conocemos la historia agitada de la Segunda República, no tan ensoñadora y conciliante como Alcalá Zamora la imaginaba, el estallido de la guerra civil y la larga noche que fue su consecuencia. Y cuando ya hemos salido de la Dictadura y andamos timo-

ratos entre escollos y zozobras, acaso volver a Costa sea una vez más hacer obra recia de español, como volver a Riego y a los españoles de ayer evocados por Niceto Alcalá Zamora; volver a ellos por lo menos en el conocimiento y en el ejemplo, aunque su mundo y el nuestro sean, efectivamente, diferentes. Terminaré repitiendo la frase final de la ya citada semblanza de Santiago Valentí Camp: «Joaquín Costa, desde su tumba, continuará inspirando la actuación de los hombres públicos de hoy y de los de mañana», frase a la que sólo quiero poner una apostilla de unción religiosa: Así sea.

NOTAS

¹ Cf. Luis Bello, «Las ideas de Costa», *La Lectura*, enero 1919, I, págs. 374-382, y II, páginas 113-123.

² Cf. mi art. «Joaquín Costa y la Historia nacional», en *El legado de Costa*, Zaragoza, 1984, páginas 69-86.

³ Cf. Rafael Pérez de la Dehesa, *El Grupo Germinal: una clave del 98*, Madrid, 1970.

⁴ Cf. Ernesto Bark, *Modernismo*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1901, pág. 87-88.

⁵ Cf. mi art. «El problema de la educación popular, según una Memoria inédita de Costa», *Cuadernos Hispanoamericanos*, febrero 1966. (Cit. por mí en «La sombra fugitiva del pan de mañana o las líneas maestras del siglo XIX español», comunicación presentada al Congreso sobre *Clarín and his century*, Athens, Georgia, 10 octubre 1985.)

⁶ Lo de Tuf-Tuf en Joaquín Romero Maura, *La Rosa de Fuego*, Barcelona, 1975, pág. 284.

⁷ Aunque el ejemplo es tardío, merece la pena citarse que comentando el libro de Pérez Díaz, Costa, después de acuñar una de sus frases características: «España, Confederación en el siglo XV, nación inmadura y en agraz en el XIX y XX», decía: «Si no me alarman esos organismos regionales que usted y la Solidaridad, etc., quieren crear, es porque lo mismo da, porque no nos queda ya nada que perder».

Cf. Pedro Pérez Díaz, *La cuestión regional y la autonomía*, Madrid, 1908. Cit. por Alberto Aguilera y Arjona, *Salmerón*, Madrid, 1918, págs. 107-114, esp. pág. 114.

⁸ Cf. Ernesto Bark, *Nicolás Salmerón. Bosquejo biográfico*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1903, pág. 10. Cf. Antonio Llopis y Pérez, *Historia política y parlamentaria de D. Nicolás Salmerón y Alonso*, Madrid, 1915, págs. 669 y ss. Y el libro ya cit. de Joaquín Romero Maura.

⁹ Cf. Ernesto Bark, *Política social*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1900, pág. 134. Ernesto Bark, *Socialismo positivo*, Madrid, Valero Díaz, s.a., pág. 116.

¹⁰ Datos biográficos sacados de sus propias obras (citadas en este trabajo). Cf. Ernesto Bark, *España y el extranjero*, Madrid, Biblioteca de la Spanisch-Deutsche Revue, 1888. Isidoro López Lapuya es autor de *Deberes y derechos del pueblo. Enseñanzas populares*, Madrid, Biblioteca Radical, 1890, y entre otros títulos de *El primer Congreso de Geografía Colonial y Mercantil*, Madrid, 1883, y de una traducción de Rousseau, *De la desigualdad entre los hombres*, Madrid, 1887.

¹¹ Cf. Ernesto Bark, *Política pedagógica*, Madrid, La Unión de Padres de Familia, 1902.

¹² Cf. José Ortega y Gasset, «Observaciones», *El Imparcial*, 25 marzo 1911 (ahora en OCL, Madrid, 1946, págs. 164-169).

¹³ Cf. Francisco Giner de los Ríos, «Carta a Ortega (Madrid, 13-V-1911)», *Revista de Occidente*, febrero de 1965, págs. 125-133.

¹⁴ Cf. *La España Moderna*, periódico republicano independiente, n.º 1, Lisboa, octubre 10 de 1908. Director propietario: Marcelino Gómez Arias. Aparece los sábados (era Ruiz zorrillista). En el n.º 7, 21 noviembre 1908, «Revolución sumarisima y Política quirúrgica», de Joaquín Costa.

¹⁵ Cf. Santiago Valentí Camp, *Vicisitudes y anhelos del pueblo español*, Barcelona, 1911, páginas 145-151.

¹⁶ Cf. Ricardo Mella, «Costa», *Acción libertaria*, n.º 13, Gijón, 10 marzo 1911 (recogido en *Ideario*, Toulouse, Ediciones CNT, 1975, págs. 250-251).

¹⁷ Cf. Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español. 1914-1918*, Barcelona, 1978, págs. 104-105.

¹⁸ Cf. Ernesto Bark, *El bolcheviquismo en España. La verdad sobre Rusia y el sindicalismo y la democracia mundial*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1920.

¹⁹ Barcelona, Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea, s.a. (prólogo de Juan Barco, julio 1922).

²⁰ Cf. Santiago Valentí Camp, *Vicisitudes y anhelos del pueblo español*, cit., págs. 137-143, y pág. 138.

²¹ Santiago Valentí Camp, *Ideólogos, teorizantes y videntes*, cit., págs. 137 y 146.

²² Luis Araquistáin, *El ocaso de un régimen*, Madrid, 1930, págs. 53-76, y pág. 55.

²³ Cf. Niceto Alcalá-Zamora (discurso, 14 julio 1931), *Cortes Constituyentes*, n.º 1, pág. 5. Recogido también en Niceto Alcalá-Zamora, *Discursos*, Madrid, 1979, págs. 257-264, y pág. 263.

